

DE MENGA AL SIGLO XXI: PUNTOS DE ENCUENTRO PARA UNA LECTURA INTERDISCIPLINAR

FROM MENGA TO THE 21ST CENTURY: POINTS OF CONTACT FOR AN INTERDISCIPLINARY READING

Antonio Parejo Barranco, Dpto. de Teoría e Historia Económica, Universidad de Málaga

Los que desarrollamos nuestros trabajos de investigación sobre la trayectoria contemporánea de las economías occidentales nos sentimos, por lo general, especialmente fascinados en conocer las variables que conformaron el inicio del arco cronológico que, socialmente, culmina en nuestros días. En la emergencia de los primeros grupos urbanos -los asentamientos estables que necesariamente debían dotarse de códigos y reglas de funcionamiento, aceptados y compartidos por la comunidad y definidos por estructuras jerárquicas más o menos complejas- intentamos buscar respuestas atemporales a las causas, la tipología y las pautas de estos grandes procesos de cambio que especialmente se han constituido en los grandes protagonistas de los siglos XIX y XX. En otras palabras, desde nuestra perspectiva se trata de bucear en el primer pasado común para encontrar respuestas válidas que nos permitan comprender mejor la situación actual, un proceso que los historiadores económicos de la contemporaneidad y, concretamente, los especializados en historia industrial solemos plantear como la secuencia de tres paradigmas tecnológicos, identificados dentro y fuera del mundo académico con su calificación ordinal: primera, segunda y tercera revolución industrial o tecnológica, definidos por un determinado modelo energético y unas especialidades productivas ordenadas en torno a un número limitado de sectores líderes (desde el dominio textil y siderúrgico del Ochocientos al tecnológico-informático actual).

Intervenir sobre la naturaleza, transformarla en función de los recursos disponibles -humanos y físicos-, de las necesidades sociales y del nivel tecnológico alcanzado. He aquí algunos ele-

mentos comunes que conforman la historia de la humanidad desde el Neolítico a nuestros días. Independientemente de cuál sea la parcela de especialización de cada uno de nosotros, los interrogantes planteados en torno a este acontecimiento nuclear marcan la raíz y el sentido de buena parte de nuestra agenda como investigadores científicos. Conformar un discurso coherente y atractivo, basado en argumentos sólidos y contrastados, y que pueda ser transmitido al resto de la sociedad -sea la propia comunidad científica o el conjunto de la población-, es otro de los objetivos que, a la postre, como miembros de un mismo colectivo, todos compartimos (o al menos sería deseable que compartiéramos).

Paradójicamente, los vestigios patrimoniales que conforman la herencia social que nos ha llegado son más consistentes y sobre todo menos discutidos como componentes de nuestro propio acervo cultural que los más recientes en el tiempo. Así, las dudas, que casi nunca se plantean por parte de la administración ni, en general, por la propia sociedad cuando se trata de proteger un yacimiento arqueológico -cosa distinta es que no siempre la solución adoptada resulte acorde con lo que una intervención respetuosa exigiría-, son abundantes cuando se trata de tutelar una chimenea, una máquina de vapor o un silo de grano. No estoy realizando juicios de valor, simplemente poniendo de manifiesto el doble rasero que, pese a todos los avances experimentados en los últimos años, continúa presidiendo este tipo de actuaciones. Tampoco estoy eludiendo la responsabilidad que a los historiadores industriales nos cabe en este caso: la comunidad de intereses

que se percibe en torno al término *patrimonio arqueológico* apenas existe en su paralelo contemporáneo (*patrimonio industrial*), entre otras razones porque desde nuestra especialidad siempre se ha considerado que el documento escrito –un material ausente del periodo que aquí nos ocupa– bastaba para entender la trayectoria tecnológica, o al menos aquellos aspectos que más parecían interesarnos de la misma hasta hace pocos años; también, por supuesto, debido a que entre nuestras prioridades apenas cabía la de la difusión y puesta en valor de estos testigos materiales del pasado más reciente.

Viene a cuento todo lo escrito hasta ahora para justificar y aclarar mi posición con respecto a un asunto del que no soy especialista; también para explicar mi presencia como comentarista crítico de un texto cuyo contenido me interesa desde una triple perspectiva, pero siempre considerándome un miembro tangencial de un colectivo que tiene muchos más conocimientos y competencias que yo en tales asuntos, y por ello bastante más que decir. A saber, aquella que me otorga mi condición de simple ciudadano interesado y preocupado por este tipo de temas (y no sólo por su dimensión meramente divulgativa sino también por la que en un futuro cercano afectará a su modelo de integración en el marco local), la de persona que conoce relativamente bien la historia de la ciudad y su territorio circundante y, por supuesto, la que ya he procurado desarrollar en los párrafos anteriores: la de historiador industrial cada vez más atento a descubrir y profundizar en canales de conexión interdisciplinares entre especialidades a priori muy alejadas entre sí y en el desbroce conjunto de caminos que nos permitan transitar desde el minoritario mundo académico –frecuentemente desgajado del real– a aquel que palpita tras las tapias de nuestros recintos universitarios.

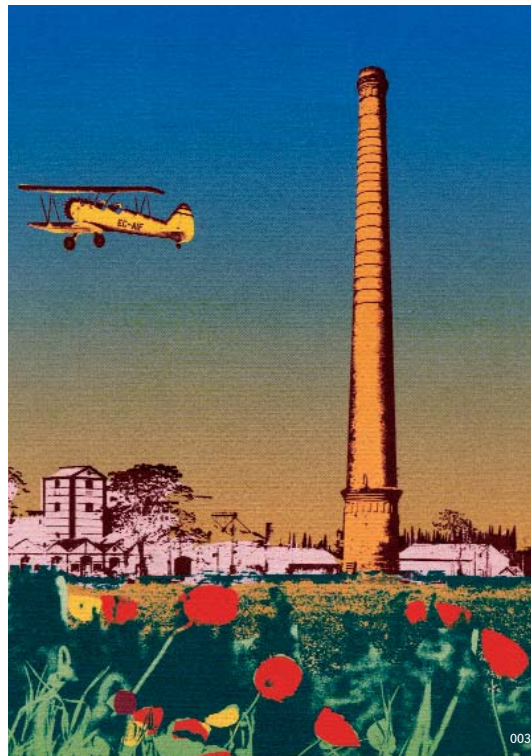
Permitaseme insistir, por tanto, en la dimensión puramente territorial de este proyecto, y en su imbricación con la historia milenaria de una ciudad de la que la necrópolis se convierte en su proyecto seminal. Conviene tener en cuenta esta dimensión porque el Conjunto Arqueológico –o alguno de sus hitos singu-



lares- es un ejemplo del modo en que cada generación lee e interpreta el patrimonio recibido de sus antepasados. No es casual que su primera valoración –su “descubrimiento intelectual”, en otras palabras- se produjese con el epigono humanista, empeñado en encontrar el hilo de Ariadna que le permitiese singularizar al individuo frente a la naturaleza, y a la ciudad –concebida como la suma de hombres libres- frente al mundo rural entonces dominante. En su búsqueda de esa relación con el mundo clásico –símbolo del poder urbano- los cronistas del Quinientos descubrieron una conexión todavía más profunda:



aquella que la dotaba de referencias mitológicas, convirtiendo al Dolmen de Menga, que por primera vez se vincula entonces a la historia de la propia Antequera, en la prueba material de uno de los trabajos que Hércules llevara a cabo en la esquina más occidental del mundo mediterráneo, aquel que narraba el robo de los bueyes del rey Gerión, que daría lugar al nacimiento del Tajo de los Gaitanes y la profunda Garganta del Chorro. Sucedió cuando, como escribía el cronista de Carlos V, Florián de Ocampo “(...) encontró una gran extensión de agua, a que unos montes situados al sur servían de dique, por los que después de recorrerlos los rompió, abriendo una quebradura, por la que



las aguas se precipitaron en dirección al mar; y una vez que hubieron descendido bajó Hércules de la montaña, y para dejar memoria del portentoso hecho que acababa de realizar, clavó en el suelo veinticinco grandes lajas de piedra, en cuyo centro clavó tres, a modo de pilares, y cubrió el recinto con cinco enormes losas... Al marcharse Hércules para continuar persiguiendo a los hijos de Gerión, dejó aquí pobladores, quedando así fundada Antikaria”

Sin embargo, las alusiones a la necrópolis desaparecieron casi por completo a lo largo del siglo XVIII, para volver a retornar con

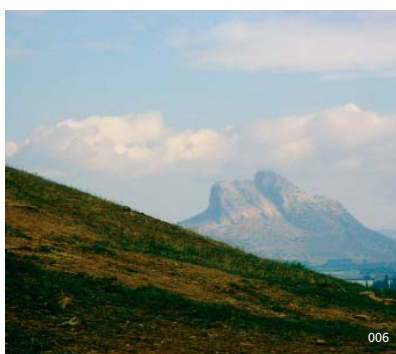
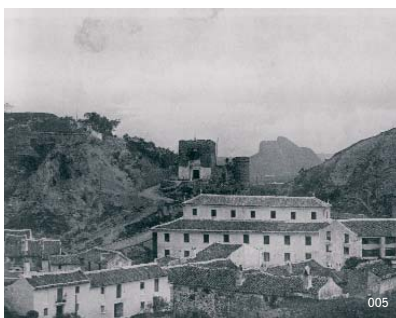
002. Desfiladero de los Gaitanes / Imagen: José Lucas.
Fuente: Empresa Pública Turismo Andaluz

003. Fábrica de la Azucarera. Cartel de la Feria 1991 /
Fuente: Archivo Histórico Municipal de Antequera

004. Fábricas, alcazaba y población antigua /
Fuente: Archivo Histórico Municipal de Antequera

005. Fábrica, Peña y barrio fabril /
Fuente: Archivo Histórico Municipal de Antequera

006. Túmulo, Chimenea, Peña. /
Imagen: José Enrique Márquez Romero



fuerza al amparo de otro movimiento cultural europeo, en este caso una versión particular del romanticismo, desplazada en el tiempo y despojada de parte de su significado original, transmitida tanto por los eruditos locales como por los viajeros extranjeros que visitaron la ciudad a lo largo del Ochocientos. La consideración nacional e internacional del conjunto megalítico, conocido y valorado desde los inicios de la configuración de la Prehistoria como disciplina científica, coincide durante décadas con la desidia de la administración, incapaz de articular en torno al mismo un proyecto interpretativo y revalorizador que permitiera poner de manifiesto la singular importancia del yacimiento prehistórico antequerano. Prácticamente hasta llegar a nuestros días, cuando por primera vez las inquietudes intelectuales han confluído con el interés público y ambos se han puesto al servicio de todos los ciudadanos. Así, frente al carácter minoritario y socialmente restringido a los círculos más cultos de cada época, lo ocurrido en estos momentos resulta sustancialmente diferente: los medios disponibles son muy superiores a cualquier periodo anterior; la capacidad científica de los responsables avala el carácter de la intervención; la propia sociedad, en fin, se encuentra mucho más dispuesta a aceptar este tipo de propuestas como medio de elevar sus niveles de conocimiento, a cambio de un desgaste intelectual reducido y además asumible desde el *ocio cultural*, que al menos entretiene inquietudes y justifica la necesidad de consumir productos no exclusivamente lúdicos. A la postre, todos estos factores terminan repercutiendo en el propio territorio, para el que se diseña un proyecto singular que se incorpora como capital fijo pero también como un activo capaz de generar externalidades positivas sobre otras parcelas económicas, ya que teóricamente deberá contribuir a un incremento sustancial del número de visitantes a la ciudad y su comarca (la hostelería, la restauración, el mejor conocimiento del resto de su patrimonio histórico-artístico y natural, etc.).

Al margen de su dimensión como referente turístico-cultural, hay otros dos aspectos que, para terminar, me interesa destacar aquí. En primer lugar, la viabilidad de un proyecto que aspi-

ra a conformar una suerte de territorio social, protegido de agresiones especulativas, donde se sustituye la consideración aislada del hito a proteger y se revaloriza paralelamente su integración en el medio natural del que emerge y con el que establece desde el momento de su construcción las referencias visuales que todavía hoy lo definen –la Peña de los Enamorados, el sol, la luna-. Integración que asimismo explica las variables físicas (un terreno lacustre, aunque escaso en agua dulce, rodeado de islotes de fertilidad y alimento para humanos y animales) que intervinieron en el asentamiento de estas comunidades y terminaron dando sentido a su concepción de la vida y la muerte. En segundo lugar, su potencialidad como elemento formativo, en unos momentos en los que la dotación de capital humano se ha demostrado como un recurso indispensable para afrontar con garantías los retos que presenta el arranque del nuevo milenio. La materialización de ambas variables exige una actitud decididamente responsable (y no sólo por parte de sus promotores, sino que asimismo afecta a los potenciales beneficiarios de la inversión en alguna de las modalidades de capital realizadas, tanto físicas como de conocimiento), que sin duda permitirá profundizar en una de las cuestiones de resolución más urgente en los inicios del siglo XXI: la exploración de nuevas alternativas locales de desarrollo económico y social, respetuosas con el medio ambiente (“sostenibles” según la terminología al uso) y alejadas de actitudes depredadoras y, por extensión, opciones que sean capaces de actuar como elemento dinamizador del propio cuerpo social. Esperemos que en un futuro reciente comiencen a cumplirse las mejores de las expectativas que se derivan de una lectura atenta del resumen del Plan Director que en su texto ha realizado el responsable del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera y que todos nos beneficiemos de ellas. A propósito, si Bartolomé Ruiz apostilla sus conclusiones con unas palabras del padre de la unidad europea, resulta adecuado que yo lo haga con alguien cronológicamente más cercano a su especialización arqueológica. Como escribió Horacio, *De te fabula narratur*, “es de ti de quien habla esta historia; es a todos nosotros a quien compete preservarla y transmitirla a las generaciones futuras”.